

182  
RECEPCION EN HONOR  
DEL DOCTOR \_\_\_\_\_

GUILLERMO VALENCIA

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD  
BOLIVARIANA DE COLOMBIA

\_\_\_\_\_ Y \_\_\_\_\_

HOMENAJE

AL DOCTOR \_\_\_\_\_

JOSE MARIA VELASCO IBARRA

PRESIDENTE ELECTO DE LA  
REPUBLICA DEL ECUADOR

•

PUBLICACION OFICIAL  
DEL  
INSTITUTO SANMARTINIANO

•

BUENOS AIRES

\_\_\_\_\_ 1934 \_\_\_\_\_

RECEPCION EN HONOR

DEL DOCTOR \_\_\_\_\_

GUILLERMO VALENCIA

PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD  
BOLIVARIANA DE COLOMBIA

Y

HOMENAJE

AL DOCTOR \_\_\_\_\_

JOSE MARIA VELASCO IBARRA

PRESIDENTE ELECTO DE LA  
REPUBLICA DEL ECUADOR



•

PUBLICACION OFICIAL  
DEL  
INSTITUTO SANMARTINIANO

•

BUENOS AIRES

— 1934 —



# INSTITUTO SANMARTINIANO

## COMISION DIRECTIVA

Presidente	-	Dr. JOSE P. OTERO.
Vice »	1º	- Gral. de División JUAN ESTEBAN VACAREZZA.
» »	2º	- Vicealmirante JULIAN IRIZAR.
Secretario	-	Tte. de Navio PEDRO ETCHEPARE.
Tesorero	-	Señor JOSE EUGENIO COMPIANI.
Protesorero	-	Dr. MIGUEL MENDEZ TRONGÉ.
Bibliotecario	-	Señor ISMAEL BUCICH ESCOBAR.
Vocales	-	Señor JOSE J. BERRUTTI.
»	-	Señor ENRIQUE DE GANDIA.
»	-	Dr. PEDRO MOHORADE.
»	-	Dr. CARLOS OBLIGADO.
»	-	Cap. de Fragata HECTOR R. RATTO.
»	-	Señor JORGE MAX RODIIE.
»	-	Coronel ADRIAN RUIZ MORENO.
»	-	Señor FEDERICO SANTA COLOMA BRANDSEN.
»	-	Señor RICARDO O. STAUB.
»	-	Dr. BENJAMIN VILLEGAS BASAVILBASO.

## MIEMBROS DE NUMERO

Gral. de Brig.	NICOLAS C. ACCAME.
Doctor	RICARDO C. ALDAO.
»	ERNESTO AGUIRRE.
Señor	PROSPERO G. ALEMANDRI.
»	ANTONIO ALICE.
Coronel	JUAN CARLOS BASSI.
Doctor	ARMANDO BRAUN MENÉNDEZ.
Señor	ATILIO CHIAPPORI.
Cap. de Fragata.	TEODORO CAILLET-BOIS.
Señor	MARTIN DOELLO JURADO.
»	JUAN PABLO ECHAGÚE.
»	MANUEL W. FIGUERERO.
»	JUAN ROMULO FERNANDEZ.
Gral. de Brig.	FRANCISCO GUIDO LAVALLE.
Doctor	JOSE IMBELLONI.
Señor	LEOPOLDO LUGONES.
Mayor	ROQUE LANÚS.
Tte. Coronel	PABLO MAINERO.
Doctor	RODOLFO MEDINA.
Gral. de Div.	FRANCISCO MEDINA.
Mayor	GERARDO MOUZO CABRAL.
Coronel	HECTOR PELESSON.
Mayor	ORLANDO PELUFFO.
Señor	CARLOS P. RIPAMONTE.
»	MAXIMO SOTO HALL.
»	ELEUTERIO TISCORNIA.
Doctor	ENRIQUE JURIBURU.
»	MARIANO DE VEDIA Y MITRE.
Cap. de Fragata	JACINTO R. YABEN.
Señor	RÓMULO ZABALA.
Coronel	JUSTO SALAZAR COLLADO.

## MIEMBRO CORRESPONDIENTE COLOMBIA

Doctor	GUILLERMO VALENCIA.
--------	---------------------



## ADVERTENCIA

---

*L*A presente publicación tiene por objeto documentar para la posteridad, un acontecimiento de significativa y trascendental importancia, cual lo fuera la recepción acordada por el Instituto Sanmartiniano al doctor Guillermo Valencia, en su carácter de Presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia, efectuada el 8 de Junio ppdo. en los salones del Círculo Militar.

En consecuencia publicamos a continuación los discursos pronunciados por el doctor José P. Otero y por el doctor Guillermo Valencia, Presidente respectivamente del Instituto Sanmartiniano y de la Sociedad Bolivariana de Colombia, como igualmente el acta labrada para memoria de este acontecimiento.

Integramos esta publicación con la nota elevada por el Instituto al Presidente Electo del Ecuador, doctor José María Velasco Ibarra, al poner en sus manos el diploma de Miembro Honorario del Instituto.



## DISCURSO DEL DOCTOR JOSE P. OTERO

Señores Ministros Plenipotenciarios

Señores Miembros del Instituto

Señoras y señores:

Sin aparato alguno protocolar y movido por un pensamiento de franca y efusiva solidaridad, el Instituto Sanmartiniano se reúne en este sitio, evocador de tanta cosa épica, para saludar y concretar su voto de bienvenida al doctor Guillermo Valencia, presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia y por muchos títulos, timbre de honor tanto de su patria como de América.

Se ha dicho que los hombres en su proceder obedecen a las leyes de la inteligencia, pero que obedecen igualmente a las del impulso o sea a las de su instinto. Otro tanto podemos decir al hablar de las instituciones, sobre todo de aquellas instituciones en que desaparece lo terrenal y adquiere un absoluto predominio la realeza del espíritu.

La sociedad que representa el doctor Valencia y el Instituto que nos cabe el honor de presidir y de representar igualmente en estos momentos, han surgido a la realidad de la vida nacional en latitudes opuestas, pero coincidiendo en su determinismo propulsor y aun en las finalidades ecuménicas que caracterizan y definen, por razón doctrinaria, a ambas instituciones. Bolivarianos y sanmartinianos nos acogemos por instinto y por convicción bajo la sombra auspiciosa de dos héroes ilustres. Ellos nos guían, ellos nos llevan de la mano y ellos provocan, desde la placidez de su gloria inmortal, esta conjunción de personas y de intereses en que brilla por su ausencia el factor económico y en que sólo predomina una solidaridad de esfuerzo creador, nobilísimo y humanitario.

San Martín y Bolívar fueron un día los árbitros y los señores de la gesta que desparramó ejércitos libertadores en la amplitud del continente. Mediante la acción combinada de ambos, se puso fin a tres siglos de coloniaje y con la espada que ellos manejaron con genio singular y maestría, se abrieron los surcos que regaron con sangre generosa los hijos de esta tierra indígena, ayer factoría de un imperio ultramarino y en el día de hoy semillero de nobles y vigorosas nacionalidades. Por esta razón hemos querido asociar en forma simbólica la imagen de San Martín con la de Bolívar. San Martín se destaca en el fondo del lienzo que llena esta sala con la postura marcial en que lo concibió el artista. Bolívar empuña con su diestra la espada ceñida al cinto e imprimiendo un movimiento giratorio a su cabeza, busca en el horizonte el punto donde clavar su potente mirada. Tiene de particular este cuadro que fué obra de Mercedes San Martín de Balcarce, hija de nuestro Libertador, y que le dió forma y relieve plástico bajo los dictados del propio padre, y del padre héroe, cuando éste añoraba, en su voluntario ostracismo, las tierras de América.

Junto a los retratos y protegiéndolos con sus colores, surgen en ornato simbólico la bandera del Plata, que es la argentina y la bandera de Colombia. Hemos querido esta armonía del color y esta armonía del símbolo, porque ésto como aquéllo traduce en forma inequívoca la armonía de lo patriótico con lo heroico.

Como lo veis, existen antecedentes y razones que nos permiten reunirnos en asamblea excepcional para estrechar con un abrazo efusivo y patriótico a un hijo de aquella ciudad de Popayán que escaló las alturas del renombre, merced a las cualidades excepcionales y dones exquisitos con que lo ha realzado la naturaleza.

El personaje sobre el cual concretamos nuestras miradas es no sólo un exponeente calificado de la etnología de América — nuestra tierra común — sino que en su hermosa trayectoria de hombre y de colombiano supo acumular valores di-



versos que abarcan el mundo del pensamiento y de la docencia, de la política y de la diplomacia, de la sociabilidad y del parlamentarismo.

Es nuestro huésped un retoño vigoroso de esa raza que dió a la iglesia de Cristo pastores de renombrada santidad, a la ciencia jurídica eminentes codificadores del derecho, a las artes, intérpretes del color y plasmadores del mármol o del bronce, a la musa cantores que son el honor del Parnaso y a la patria en los días de su epopeya, llaneros que se convirtieron en centauros y apresuraron, con sus galopes épicos, el triunfo de la victoria definitiva.

Tales recuerdos y tales reminiscencias vienen a nuestros labios por espontáneo impulso, sobre todo al saber que quien acaba de franquear los umbrales de esta casa para honrarnos con su presencia, es un representante conspicuo de esa tierra de altas mesetas, de sábanas infinitas, de valles fértiles, de cielos límpidos, y finalmente, de un subsuelo cuajado de rubíes, de amatistas, de cristal de roca y de esmeraldas.

Doctor Valencia:

El Instituto Sanmartiniano se felicita de saber que un legítimo imperativo de curiosidad — la curiosidad es la virtud inicial que lleva a los sabios al recogimiento y a los soñadores a la quietud de sus contemplativos desvelos — te trajo desde la urbe, metrópoli de la gran república del Brasil, a esta otra urbe, metrópoli de la república del Plata.

Sabemos que esta curiosidad la determina no tanto la fascinación de los sentidos y de las cosas que el hombre puede plasmar manipulando la materia, sino un orden de imperativos más elevados y que por lo tanto, vuestra curiosidad de poeta, de intelectual, de sensitivo y aun de estadista, se relaciona con la tradición intelectual que a nuestra metrópoli le permitió destacarse, en días ya lejanos, en la vida continental, como la Atenas del Plata.

Ese prestigio se lo dió su heráldica revolucionaria y el fervor con que se volcó en el drama continental que nos hizo libres. Púe aquí y en esa plaza histórica que en amable compañía recorriamos en el día de ayer, pero que por desgracia tus ojos ya no pueden contemplar en esa arquitectura colonial que fuera su marco primitivo, en donde los revolucionarios de 1810 levantaron su tribuna y tuvieron su foro. Allí se planearon las jornadas libertadoras que debían transformar el aspecto pacífico del imperio virreinal. En esa plaza dejaron oír su acento los tribunos del verbo republicano. En esa plaza se cantaron las primeras estrofas de nuestro himno a la libertad, desfilaron en gallarda postura los granaderos de San Martín y en esa plaza, ya en su cabildo o ya en su Fuerte, se formaron cenáculos que permitieron la reconquista de Chile y la realización de ese ensueño homérico que llevó a San Martín del Plata a Lima y a los héroes de su bandera, de Lima hasta las puertas de Quito.

La ciudad pues, que te acoge en el día de hoy, responde en muchos de sus aspectos tradicionales como lo vas a ver, a tu modalidad de poeta y de poeta templado en tierno y sonoro lirismo.

Todos los argentinos, o todos los argentinos que prestamos oído al pensamiento cultural de América, sabemos lo que tú significas para las instituciones intelectuales de tu patria y del continente. Sabemos que tus primeros estudios los realizaste en Popayán, que al llegar a Bogotá en 1895 representando como congresal al antiguo departamento del Cauca, comenzó para tí esa marcha ascensional que te dió entrada en vuestro congreso, que te colocó al frente del Ministerio de Instrucción Pública, que te permitió representar a Colombia en la conferencia Panamericana del Río de Janeiro y a tu misma patria en el primer centenario de la independencia peruana. Sabemos que el voto de tus conciudadanos te señaló un día candidato a la presidencia de la República, que el dominio del idioma y tu erudición te permite presentarte ante tus oyentes en actitud tribunicia y como orador de dotes excepcionales. Sabemos que movido de tu sensibilidad exquisita y deseoso de acrecentar día a día tu erudición, has recorrido los dominios de la filosofía, de la estética, de la ciencia, en busca siempre de esa belleza ideal que da pulsaciones extrañas a tu lira. Sabemos que además de ser un ciudadano de irreprochable civismo, eres un amigo consecuente y fiel, un padre tiernísimo y sobre todo, un maestro esclarecido de tu patria, virtud esta última, trasuntada elocuentemente en la misión que te trajo desde Bogotá a Río de Janeiro como obrero de la paz y como gestor al mismo tiempo de los derechos que esa paz impone. Pero además de saber todo esto, sabemos que tu sensibilidad temperamental te llevó a hacer de la lira tu instrumento predilecto, y que empuñándola, en raudos vuelos, te lanzaste por los horizontes de mágicos resplandores, por el mundo de las leyendas, y ésto para captar



ritmos que luego supistes traducir en exquisitos cantos, en estrofas de cinceladura admirable, en emociones y en verbos de supremo hechizo.

Porque eres un poeta has podido escribir aquellas páginas de tus *Ritos* evocando la memoria del malogrado bardo que se llamó José Asunción Silva y quien al decir de Unamuno «se despojó por propia mano de la carga del vivir». Leyéndote en esa elegía inicial de tus versos, entramos sin quererlo en lo hondo de un drama. Merced a tu exquisito cantar, lo horripilante del drama desaparece y la ternura que de tu lira se desprende baña con rayos de luz consoladora los despojos en que un alma exquisita ha dejado de padecer. Porque eres un poeta te cautivaron los Camellos y tras de la tristeza de sus ojos dormidos, has sabido descubrir las virtudes que se encierran en las almas torturadas por lo infinito. Porque eres un poeta, así como descubres estas enseñanzas en el dromedario paciente y sufrido, hijo del desierto, sabes descubrir tras de la ceniza simbólica con que el rito sagrado marca nuestras frentes, no el aniquilamiento absoluto de nuestra personalidad, sino la renovación de la vida. Porque eres un poeta te atraen y fascinan los crucificados, no sólo los crucificados del drama místico, sino los crucificados del drama moral que también tienen su calvario como el Cristo divino tuviera el suyo. Tú nos señalas esas cruces nudosas y tú nos demuestras cómo al pie de esas cruces se realzan y se divinizan todos los martirios. Porque eres un poeta entras en los templos del arte y así como un cuadro de Duero te lleva a cantar la melancolía del alma, un cuadro de Holbein te permite puntualizar en la boca de Erasmo la ironía que se desprende de su labio ascético. Porque eres un poeta descendes al secreto de las tumbas, desentrañas sus misterios y rechazas para la tuya las coronas de flores que se marchitan y pides como sólo ornamento de tus despojos, el cardo o el agrio sarzal, porque sabes que el hombre que bien piensa no busca el efímero sino lo que tiene asegurada una vida renovadora y perenne en el dominio fecundador de la naturaleza. Porque eres un poeta, entras en la mente de otros bardos, ya del Lacio como D'Annunzio, ya de Lutecia como Víctor Hugo, ya de Flandes como Verlaine, ya de la tierra germánica como Heine, ya de la tierra lusitana como Eugenio de Castro o de las tierras brasileñas como Machado de Assis u Olavo Bilac. Porque eres un poeta, en *Anarkos*, poema de fuerza y de realismo purpúreo, entras en los socavones mineros y nos muestras la chispa diamantina arrancada al secreto milenario por el golpe del músculo y luego al diamante que la produce burilado por el artista y convertido en gema del encanto y del esplendor femenino. Porque eres un poeta, tu estro lanza voces de conjuro y pasan así en desfile patético los bohemios del arte, los unos con su paleta, los otros con su cincel y el bardo — ese que al decir de tu ritmo suscita mofas, con su frente convertida en «nido de férvidas estrofas» y finalmente el músico con su violín sonoro simulando los sollozos de un mártir.

Tu concepto poético de la vida y de ese drama que todos vemos pero que todos no comprendemos, te llevan a demostrar que la jauría humana es un absurdo. Por eso proclamas la santa paz. Por eso afirmas que la vida es una fuente de bondad para todos y guiado de un instinto místico señalas en un horizonte cercano el advenimiento del patriarca de los ritos. A ese patriarca nos lo presentas con su liara y con su blanca túnica, y a ese patriarca cuando lo tienes cerca de tí, lo saludas poniendo en tus labios este nombre: Jesucristo. Este es el pontífice máximo, el portador del bálsamo que reclama la humanidad y sobre todo esa Europa a quien tú nos presentas viviendo bajo una bóveda de acero, lo que quiere decir, próxima a la eclosión de una tragedia. Esta sólo tiene un conjuro y el conjuro lo representa la palabra de ese pastor en quien tú reconoces los dones suficientes para calmar — y repito tu verbo — «la batalla de panteras».

Esta recapitulación de tus modalidades poéticas y sensitivas nos dice que tenemos más de una razón para regocijarnos por tu visita y para traducir este regocijo en un voto caluroso y de aplauso por tu obra de renovador del verso y por revelarte espíritu gemelo con aquel otro espíritu que se llamó Rubén Darío o Amado Nervo.

Buenos Aires no puede ser indiferente a este embrujo de tu modalidad poética. Tú mismo debes sentir honda satisfacción al saber que en el día de hoy te alberga una urbe que tuvo su Parnaso y que lo sigue teniendo en poetas de legítima nombradía que no tengo para que citar. Viviendo con nosotros sabes que vives con Echeverría que tradujo el romanticismo de su época y de su patria en su poema «La Cautiva». Viviendo con nosotros sabes que vives con Mármol, bardo cuyas estrofas fueron el ariete de la tiranía y bardo cuya explosión de lirismo le arrancó a su pluma, «El Canto del Peregrino». Viviendo con nosotros sabes que estás cerca



de aquel Juan José María Gutiérrez, poeta exquisito cuyos versos leyó en su época con gran deleite una parte de América. Viviendo con nosotros sabes que vives en la atmósfera que llenó con sus sonoridades orquestales la lira de Olegario Andrade, con sus notas melancólicas el estro de Ricardo Gutiérrez, con su verbo helezante y ático Carlos Guido y Spano, con sus décimas saturadas de la belleza del pago y de la payada campera, Rafael Obligado, con los ayes de su lira enferma Gervasio Méndez y con los apóstrofes y versos explosivos de sus poemas, aquel Pedro Palacios que todos saludamos con el nombre de Almafuerte.

Espíritu exquisito y sutil alcanzarás a descubrir estas tonalidades de nuestra lira como alcanzarás igualmente a descubrir otros valores que enaltecen nuestra progenie intelectual. Viviendo con nosotros, aunque sean horas rápidas y fugaces, recordarás que Mariano Moreno es el representante doctrinario de la democracia de Mayo; que Bernardo Monteagudo encarna el verbo de la redención política llevada por los ejércitos de San Martín en sus etapas de América; que Juan Bautista Alberdi simboliza la originalidad constitucional que fué tardía en producirse pero segura en asentar sus bases; que Vélez Sársfield codificó nuestra legislación civil, que Sarmiento descubrió, escribiendo su *Facundo*, la belleza racial que palpitaba sangrienta en nuestro ropaje de barbarie; que Mitre se convirtió en maestro de nuestras disciplinas históricas y fundó una escuela que no desmerece ante aquella que tiene por maestros a Taine o a Sorel; que Avellaneda convirtió a sus mensajes presidenciales en mensajes de elocuencia que no lo había hecho ni lo hizo después ningún otro presidente argentino; que Aristóbulo del Valle honró nuestra tribuna parlamentaria con oraciones de corte ciceroniano; que José Manuel Estrada levantó cátedras de enseñanza que hoy deberán añorar los profesores del derecho constitucional y los cultores de nuestra historia; que Miguel Canó honró nuestra prosa hasta caracterizarla con esa galanura de estilo que fué también la característica de Pedro Goyena y de tantos otros oradores y prosistas que no me es posible citar.

Visto todo esto, verás que si Buenos Aires ha perdido su fisionomía colonial, en cambio ha adquirido aquella otra que es obra del tiempo y resultante lógica de la evolución y destino que le impone su geografía y su historia. Nuestro paisaje no es la montaña, no es la cuchilla, no es la falda perfilada o boscosa. Nuestro paisaje es pura y simplemente la llanura, llanura que por un lado la forma la Pampa, llanura que por el otro se extiende en sábana líquida, merced a ese estuario que llamamos el Plata y que al subdividirse y fraccionarse en canales y en riachos forma en islas sin número nuestro Delta.

En virtud de este encuadramiento de la linfa y de la arcilla, hemos podido llegar al desarrollo dinámico que en el día de hoy nos caracteriza. Esto es fruto de los obreros agrupados en nombre de la industria, pero esto es fruto a la vez y fruto primario, de aquellos otros obreros que crearon la epopeya y fundamentaron la patria.

Esa epopeya es la época por excelencia de nuestra vigorosa nacionalidad, pero es la época por excelencia del destino de América. La conquista y el coloniaje por causales geográficas como por causales políticas y administrativas que no es del caso explicar, impidieron que la solidaridad americana se pronunciasse en la forma y con los imperativos que el destino de las Indias Occidentales así lo exigían. Esa solidaridad la determinó y la llevó al grado épico y al grado heroico el despertar de la emancipación. Ante el concepto de nacionalidad, vale decir, ante el concepto de patria — porque no hay patria cuando no hay libertad — desaparecieron las castas y los blasones. Criollos y mestizos, colonos del Orinoco o colonos del Plata, hijos de las mesetas del Alto Perú o hijos de los valles neogranadinos, de las tierras de Araucó o de las tierras cruzadas por el Ecuador, todos se sintieron defensores de la misma causa y todos propugnaron por el triunfo social y político que ennoblecería a la América.

Merced a la aparición de dos genios — genios de grandeza diferente, pero de idéntica finalidad libertadora — esa solidaridad venció lo que hasta ese momento parecía invencible; y salvando barreras, montañas, gargantas de áspera fragosidad, mares de proceloso caudal y playas caldeadas por los rayos del sol, los ejércitos de San Martín y de Bolívar, obedeciendo a un movimiento sincrónico dictado por el desenlace del drama, llegaron a abrazarse, en conjunción admirable, en tierras del Ecuador.

Cuatro batallas de carácter continental prepararon ese desenlace. En Chile fué la batalla de Chacabuco y Maipú; en el Norte del continente las batallas de Boyacá y de Carabobo. Así como con la batalla de Chacabuco, desenlace lógico del



paso de los Andes, quedó afianzada la independencia argentina e iniciada heroicamente la reconquista de Chile, con la batalla de Maipú se aseguró para siempre la independencia de este reino y en gran parte la independencia de América. Con la batalla de Boyacá, Bolívar después de una serie de jornadas reveladoras de su espíritu bélico y tumultuoso, terminó para siempre con las veleidades reaccionarias de los realistas en la Nueva Granada y entrando vencedor, cual genio de la guerra, en Bogotá, afianzó para siempre la independencia de Colombia.

Con la batalla de Carabobo librada en aquellos días en que San Martín se destacaba como árbitro del continente en la ciudad de Lima, Bolívar triunfó en forma brillante y aniquiladora de los enemigos que le cerraban el paso y entrando vencedor en Caracas, resolvió para siempre el destino político de Venezuela.

Tales acontecimientos prepararon el terreno de América para una nueva explosión de entusiasmo libertador, y este entusiasmo se produjo cuando, obedeciendo a los llamados de Sucre que a su vez eran los llamados de Bolívar, don José de San Martín despachó en auxilio del ejército colombiano aquella brillante división integrada con soldados del Plata, de Chile y del Perú, para simbolizar mejor el propósito unitivo que en esos momentos llenaba su mente de soldado.

Luego surgió la vía triunfal que llevó a esos ejércitos coaligados a la urbe quíntana. Luego vinieron los triunfos de Riobamba, de Bomboná y de Pichincha, y luego se dibujó en el cielo de América una gran esperanza y fué trasuntada ella en aquél encuentro de San Martín con Bolívar frente a la ría guayaquileña sobre las costas oceánicas del Ecuador. Fué entonces que la pluma de San Martín se empapó en tinta de elocuencia. Fué entonces que con esa pluma declaró ante los estados de América que los triunfos de esos ejércitos coaligados habían puesto el sello a la unión de Colombia y del Perú. Fué entonces que significó, con amplia granjeza, que el Perú era el único campo de batalla todavía existente y que por lo tanto en ese campo de batalla debían reunirse «los que quieren obtener — son sus palabras — los honores del triunfo contra los que han sido vencidos en el continente».

Este plan de guerra y la necesidad, como lo dijo entonces, de combinar en grande los intereses que a uno como a otro libertador le habían confiado los pueblos, lo llevó a esa entrevista que según su lenguaje, formaría día inolvidable en los anales del nuevo mundo, y allí en Guayaquil se vieron, se abrazaron y en siglo hermético e impenetrable, colocaron sobre el tapete de la discusión o del convenio recíproco, el tema que flotaba en el ambiente y el tema que surgía de la propia conjunción libertadora que en esos momentos tenía en ellos a sus dos genios conductores y directivos.

No es nuestro intento el exponer aquí los resultados de esta entrevista. Tampoco queremos analizar los hechos que llevaron al Protector del Perú a su alejamiento inmediato de aquel escenario de guerra donde le esperaban nuevos y definitivos laureles.

Nos basta con afirmar que a pesar de su ausencia, todo lo dejó debidamente organizado para la victoria definitiva. Circunstancias ajenas a su voluntad prolongaron un tanto ese desenlace, pero cuando ese desenlace se produjo, cuando los ejércitos americanos bajo la égida de Bolívar y de Sucre y en conjunción con los jefes eminentes del ejército de los Andes aumentaron la gloria de América con el triunfo de Junín y con la victoria aniquiladora de Ayacucho, triunfó a su vez el genio orgánico y previsor de don José de San Martín.

La historia lo dice y la historia lo repite hoy por nuestros labios: Si es gloria y honor de Bolívar el haber cerrado el ciclo de la emancipación americana, es gloria del hijo esclarecido de Yapeyú el haber contribuido a ese desenlace victorioso con la oblación de sus derechos y con la abnegación de su altruismo libertador. ¿Dónde buscar una solidaridad más ejemplar? En vano abrimos los anales de la historia para encontrar parangón. Ese parangón no existe y esa gloria es gloria prístina que acrecienta de día en día la grandeza moral de San Martín.

Doctor Valencia:

El Instituto Sanmartiniano siente un legítimo orgullo al saber que tu presencia nos acompaña y que tu persona y la obra docente de una vida transparente y nítida, justifican el homenaje que para tí representa esta recepción o asamblea.

Como cultores de la gloria de nuestro Libertador y como cultores a la vez de la memoria venerada de nuestro gran Simón Bolívar, los argentinos representantes de esta entidad docente que es nuestro Instituto, creado por los imperativos



de la patria pretérita como de la patria presente y de la patria futura, te debemos una explicación. Los argentinos no somos ni podemos ser celosos de la gloria extraña. No emulamos a los héroes de otra latitudes. Sabemos que así como tenemos los nuestros, Venezuela, Colombia, Chile, Ecuador, México, el Uruguay tienen los suyos. Para todos guardamos el aplauso que arrancan siempre las virtudes y los lauros y para todos tenemos en nuestro corazón — plinto admirativo que supera en mucho a los cincelados por el artista en bloque marmóreo o granítico — un homenaje espiritual con que respetamos y veneramos a los forjadores de pueblos y de nacionalidades. Pero es el caso que estamos abocados a un problema a que no estáis abocados vosotros los hijos de las repúblicas norteamericanas. Es éste un problema de etnología y de destino racial, planteado desde la hora aquella en que una constitución generosa, abrió de par en par a los trabajadores del mundo esta tierra fecunda y ubérrima. Todo contribuye para que las razas hambrientas de felicidad se vuelquen en la patria de Mayo: la bondad de la tierra, la liberalidad de las leyes, la necesidad de poblar el desierto, el imperativo de acrecentar la familia, constituyen o forman el argumento determinante de ese cosmopolitismo que se refleja en nuestra metrópoli, y que se refleja ya en nuestras provincias, constituyendo un rasgo saliente, al par que promisor, de esta argentinidad en su hora de evolución.

Pues bien, a fin de salvar los principios fundamentales de esa argentinidad, a fin de ponernos a tono con la justicia que es ley inmanente en la vida de la historia, y a fin de hacer que la patria no se desfigure en su belleza primaria, el Instituto Sanmartiniano ha surgido como un trasunto social de esos principios, como un ejecutor de esa justicia y finalmente como una bella esperanza que permitirá con su realización doctrinaria, mantener entre la democracia tumultuosa y febril de nuestro pueblo, ese fuego sagrado que para el honor de sus dioses sabían mantener al pie del Capitolio y entre su intercolumnio marmóreo, las Vestales.

Propugnamos por la gloria y por el renombre de nuestro Libertador, porque queremos que en el día de hoy, que es día de la historia y de la historia constituida en tribunal, el Héroe que afianzó nuestra independencia y en gran parte la independencia de América, sea para ésta sin distinción de nacionalidades, lo que fué en la realidad de su drama libertador, es decir, figura proeminente y monitorea, figura épica, figura genial, figura de cohesión que supo imprimir a su obra ideológica y reconstructiva un magnífico aspecto rectilíneo y de sorprendente unidad. Pero este sentimiento admirativo no nos deslumbra ni nos impide contemplar grandezas esplendentes y meridianas como son aquellas que dan renombre a la figura de Bolívar. Bolívar es y seguirá siendo para nosotros lo que fué y es para todo hijo de esta tierra indígena apreciador del mérito, del genio y del heroísmo. Ahora y siempre diremos que su dinamismo genial lo convirtió en un verdadero perseguidor de la victoria. Diremos que fué un héroe de voluntad soberana, un domador de la insolencia, como diría Montalvo, un hombre de ardor en la sangre y de prontitud en la resolución según concepto psicológico de tan eminente publicista, un escritor de corte ciceroniano repleto de elocuencia, elocuencia que a veces forma ruidos de cascada, que a veces es tormentosa, pero siempre virgen y que vive con la frescura de ayer en sus cartas, en sus proclamas, en sus manifiestos, en sus alegatos, por los derechos y por la independencia de América.

Por estas razones y por otras que silenciamos, a Bolívar se le admira en esta patria donde hay siempre un voto de aplauso para toda grandeza. Por eso su nombre vive vinculado a nuestra nomenclatura urbana y geográfica. Por eso se llamó Bolívar un hermoso departamento de Buenos Aires, la primera provincia argentina. Por eso se llama Bolívar la arteria metropolitana que forma conjunción con aquella otra en que hemos perpetuado el nombre de nuestro glorioso Libertador, y por eso, niños de nuestras escuelas se congregan en aulas abiertas al aire libre para recibir su primera instrucción auspiciados por este nombre que evoca la figura de un glorioso Libertador. Sólo falta el bronce, bronce simbólico revelador y perpetuador de su fuga épica. Pero ese bronce vendrá y ante él y ante la ofrenda floral con que rodearemos su plinto, dejarán oír sus dianas los descendientes de aquellos bravos que dejaron oír el clarín argentino en Riobamba, en Bomboná y en Pichincha, para dejarlo oír por última vez y en señal de despedida, en las victorias de Junín y de Ayacucho que cerraron las jornadas libertadoras de América.

La América ha entrado ya en ese período de glorificación que impone la justicia reparadora de ultratumba. Bolívar recibe el aplauso clamoroso de nuestras democracias en múltiples monumentos; y San Martín — San Martín el gran olvidado — ha empezado ya a contemplar en torno de su imagen a pueblos diversos que se acercan al bronce sonoro e indestructible, convencidos de que se acercan a un pedestal honroso para sus virtudes de hombre y de soldado. Así lo ha hecho



Chile, así lo ha hecho el Perú, así lo ha hecho Estados Unidos, así lo ha hecho Venezuela y así lo hará Colombia y otras repúblicas americanas porque es voluntad imperativa de nuestro continente simbolizar en obras plásticas el triunfo de la solidaridad racial, épica e ideomática con que los varones preclaros, en epopeyas inolvidadas, resolvieron y fijaron su destino. (1)

Doctor Valencia:

La lista de nuestros miembros correspondientes, está aun en blanco. El Instituto Sanmartiniano quiere honrarse iniciándola con tu nombre y en tal concepto, por nuestro intermedio, la Comisión Directiva que me cabe el honor de presidir, coloca en tus manos el diploma que acredita tu incorporación a nuestro Instituto en esta categoría. Al mismo tiempo, cumpliendo lo resuelto por voto unánime de esta Comisión, te hago entrega de las publicaciones editadas por el Instituto, en el primer año de su existencia y además, en nombre del mismo Instituto, un ejemplar de la Historia de nuestro Libertador que me cupo la honda satisfacción de escribir. No siendo poseedores de una riqueza mayor, te ofrendamos lo que está a nuestro alcance y que servirá de vínculo para que nuestras voluntades — las voluntades de los bolivarianos y de los sanmartinianos — se solidaricen más y más en un esfuerzo común.

Señoras y señores:

Al finalizar nuestro cometido no podemos hacerlo sino poniendo en nuestros labios el nombre de un diplomático argentino, el Excmo. Señor Ministro ante los Estados de Colombia y de Venezuela don Eduardo L. Colombres.

El señor Colombres, amigo devotísimo y admirador sereno e imparcial de las cualidades que distinguen al doctor Valencia, nos ha enviado en distintas oportunidades su palabra alentadora y su palabra solidaria, para que perseveremos en la obra que en su modesta esfera de acción para bien de la patria y de América, viene realizando el Instituto. Aun más, ha sido él, por así decirlo, el precursor de la llegada del huésped que en esta tarde homenajeamos y tales antecedentes nos obligan a dirigirle a él nuestra palabra de reconocimiento y de vivísima gratitud. Tal palabra va dirigida al mismo tiempo al Excmo. señor Ministro de Colombia ante nuestro Gobierno el señor Baldomero Sanín Cano que ha querido honrarnos con su presencia, al doctor Roberto Urdaneta Arbeláez, Ministro de Relaciones Exteriores de esa República de Colombia, sobre la cual se concentran en este instante todos los anhelos de nuestro americanismo solidario, y va dirigida finalmente, a todos los que en una manera u otra, han contribuido al realce de esta recepción y a premiar con su aplauso al presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia, desde hoy primer miembro correspondiente de nuestro Instituto.

Doctor Valencia:

En nombre del Instituto y en el mío propio, te invito a ocupar esta tribuna. Ella te pertenece en absoluto y tu palabra será escuchada con el recogimiento y fervor con que merece serlo la palabra de un eximio pensador y de un maestro.

(1) Con fecha 5 de Julio del corriente año, el Poder Ejecutivo ha elevado a la Cámara de Diputados un proyecto de ley para proceder a la construcción de un monumento a Simón Bolívar, "como homenaje de la Nación a los servicios prestados en la preparación y en la emancipación americana."

El Instituto Sanmartiniano se ha dirigido por medio de una nota a la Honorable Cámara de Diputados, significando su adhesión a la iniciativa del Poder Ejecutivo, iniciativa que por otra parte trasunta, con admirable oportunidad, los votos formulados en el presente discurso. Esta nota figura como página complementaria, al fin del folleto.



## DISCURSO DEL DOCTOR GUILLERMO VALENCIA

Señores Ministros Plenipotenciarios

Señores Miembros del Instituto

Señoras y Señores:

Una indefinible emoción en que se mezcla mi sorpresa con la munificencia de vuestros dones inhibe casi en mí la expresión del agradecimiento. Habéis querido despojaros de vuestros mejores atributos para vestir con ellos mi ostentosa desnudez, y así me encuentro confundido sin saber por dónde comenzar ni qué deciros, como el Profeta hebreo que sintiéndose un día abrumado de favores, no encontró más fórmula para declararlo que la de balbucir humildemente: *ah, ah, si yo no sé hablar!*

Desde mi lejana niñez avivé siempre el anhelo de conocer, algún día, este país del milagroso desarrollo. Con el correr de los años creció él desmesuradamente en riqueza y poderío. Un peregrinar incesante movía, desde Europa, legiones humanas hacia la conquista de este Eldorado maravilloso y se descubrió así cómo la fabulosa ciudad de Manoa, metrópoli de aquel soñado reino, no estaba situada al canto de las grandes corrientes del Norte, sino aquí mismo, sobre las riberas del Plata.

Por segunda vez la madre España, la munífica, la caballeresca, la gloriosa, sal preservadora del espíritu humano contra toda falla de la inferioridad animal, vino aquí con el aporte de su savia potente. De la Italia generosa y sembradora de pueblos fluyó también en larga vena un caudal vivificante, y paralelamente las demás naciones europeas: Inglaterra la ubicua, Francia la modeladora, Alemania la fundamental, trajeron el concurso de su eficiencia germinante. El ritmo de este nuevo vivir venía de atrás regulado por los fundadores de la República y las posteriores generaciones de estadistas. San Martín y Belgrano, Moreno y Rivadavia, Sarmiento y Alberdi, Vélez Sársfield, Mitre, Avellaneda, Roca, Pellegrini, entre cien nombres más, crearon realidades que hoy nos asombran y que en su hora caldearon la inspiración de vuestros cantores nacionales: los Andrade, los Guido Spano, los Mármol, los Obligado, los Gutiérrez, los Palacio, hasta el vate sintético y polímorfo de la nueva era: el hercúleo Lugones.

Y cuando pienso en la magnitud de este esfuerzo y en las poderosas corrientes que lo animan, y en los enormes problemas que de él surgen, y en la excelsitud y trascendencia de la misión argentina, y en la suma de labor realizada dentro de tan breve espacio, me siento como el niño que vió el Doctor de Hipona empeñado en reducir a una leve concha la infinitud del mar.

Va ya para diez años que al pie del monumento de Antonio Ricaurte que acababa de inaugurarse en Bogotá, un ilustre caraqueño, el actual representante de Venezuela en Lima, asociado a un modesto hijo de Colombia, fundaron la Sociedad Bolivariana. La idea fué acogida con entusiasmo, como era de esperarse; propagóse a los Estados que integraron la Gran Colombia, y paulatinamente fué extendiéndose a lo largo de América, la fundación de centros similares.

La idea cardinal que la inspiraba era muy sencilla: tomar la figura del Libertador como símbolo de actividad patriótica y como tema de estudio para buscar en los pasos heroicos de su vida marcial y en la múltiple expresión de sus ideales americanistas, inspiración y ejemplos.

Ante todo cumplía apurar en forma exahustiva las fuentes históricas que pudiesen arrojar luz sobre el grande hombre; llevar a los crisoles de una crítica depuradora grandeza y pequeñez; los finos valores de la gloria y el mérito, y los metales mimetistas de la servil adulación; discernir cuerdamente lo perenne de lo caduco; las visiones de dilatado alcance, de los arbitrios influídos por la necesidad



y el momento; en una palabra, iniciar, sobre una base sólida, el completo análisis del personaje para poder alcanzar algún día la síntesis definitiva.

Forman ya vasta biblioteca los trabajos que aluden a nuestro Libertador. A menudo nos sorprenden nuevos hallazgos guardados cariñosamente en los archivos articulars o en los enantes no trasegados fondos de la documentación oficial de las cinco Naciones. Estimular esta búsqueda ha sido uno de los afanes constantes de las Sociedades Bolivarianas estrechamente unidas a la de Bogotá por más íntimas vinculaciones que otras, durante los dos lustros que aquellas llevan de existencia.

Con tendencias análogas, habéis creado vosotros este Instituto llamado a dilatar por todas las Américas la gloria inmarcesible y el nombre venerado del Protector, del Washington austral, del forjador de esta recia nacionalidad.

Piedras fundamentales en este nuevo templo alzado para honrar al Santo de la espada, son los graves volúmenes con que vos, Señor Doctor Otero, acabáis de enriquecer, con la biografía del argentino epónimo, la historia general de América.

Fué extraño al propósito de los fundadores de la Sociedad Bolivariana presentar al Padre de la Gran Colombia para una imposible rivalidad con los fundadores de otras patrias. Desde el Estrecho de Bering hasta la Tierra del Fuego floreció la gloria en hombres representativos de un gran valer auténtico. Cada pueblo mide la suma de dificultades que vencieron sus próceres para retribuir, por ellas, con discos de agradecimiento, de admiración y de respeto. Naciones hubo donde el estado cultural y hasta el social ambiente fueron más propicias que otras a la tarea emancipadora. El tiempo, limador de aristas y pulidor de superficies, magnífica, dentro de la ley de perspectiva de la Historia, las grandes figuras del pasado. Está bien que un pueblo agradecido exalte, si le place hasta la idolatría, el nombre de sus benefactores. Toca a la Historia — velada como la Justicia — confirmar, atenuar o desvanecer el alcance del homenaje.

Se nos ha tachado a veces a los bolivarianos por nuestra exaltada admiración al semidios del Avila. Es preciso darse cuenta de la obra llevada a cima por Bolívar sobre aquel tremendo estadió en que fuera preciso crearlo todo para sobreponerse a la naturaleza y a los hombres, a fin de valorar la magnitud de la victoria conseguida. Doscientos sesenta y seis combates en diez años de lucha sin reposo, bien pueden motivar nuestro afán épico. Pero no es ésto todo: el genio de Bolívar es un polígono infinito que cada día sorprende bajo un nuevo aspecto. Su visión continental del inmediato porvenir nos esclarece con mayor nitidez situaciones del presente. El nació para su obra con las cualidades características de creador que la hiciesen posible; acabó de formarse laborando en ella; reconoció la masa inerte para clisarla en sus troqueles; se sobrepuso a todo, aun a la propia desesperanza, y apuró su vitalidad hasta consumirse abrazado a su obra que asumió luego la figura de la Gloria. No murió de muerte sino quemado por sus propias llamas. Bolívar fué un escultor de pueblos que comenzó plasmándolos de la humilde greda que le ofreció el destino y los moldeó luego para la claridad del mármol y lo fosco del bronce. A imagen de Buonarrotti, nunca gustó de confiar a nadie las figuras que nacían al amor de sus pulgares armoniosos. El iba a la dura cantera a tajar y escindir los grandes bloques para labrar después prolijamente los audaces escorzos de Angostura o la Tetrarquía cucuteña.

Quién pudiese a su turno negaros a vosotros el derecho de sublimar al impasible, al intrépido, al silencioso y al magnánimo? Renueva al pasar los Andes la proeza del fiero capitán africano, y no se digna siquiera aludir a aquel épico tránsito. Existe en tierras del Líbano un pequeño río, por nombre Lukos, que corre en la profundidad de un desfiladero medroso y al propio tiempo estrechísimo y obligado paso hacia muy dilatadas regiones del Asia. Esa puerta infranqueable era guardada siempre por los pueblos aledaños que prevenían así la conquista de sus invasores. Posición intomable, entrarla era hazaña sin par, por ser al propio tiempo llave de futuros destinos. Por eso cuantos magnos conquistadores antiguos y modernos pasaron por allí, ya vencido el obstáculo, dejaron memoria de su hazaña esculpiéndola sobre la roca. «Por aquí pasó Darío», dice la inscripción persa. Casi a un lado, en altas letras griegas, se conmemora el desfilar del ejército de Alejandro. Siglos más tarde avisa el gran Pompeyo la marcha de sus Legiones. Renovando la tradición antigua, inscribieron allí sus nombres los guerreros musulmanes, y siglos después, los hijos de Francia y los de Albión. Por allí había cruzado también el divino Julio César, el más grande de todos los mortales, pero no se dignó escribir su nombre. Ese silencio de grandeza canta por mil tubas de plata como el otro silencio de vuestro Capitán después de hollar con cesáreo desdén la diamantina cimera de los Andes. Su acción certera y sabia sobre Chile; su fecunda



medida en el Perú; la complejidad de factores con que tuvo que habérselas lo mismo en su propio país que en los restantes a que llevó su protección siempre tranquila, generosa y fuerte, le forman un pedestal digno de tan solemne majestad.

Llegó un día en que los dos astros que partieron de las lejanías australes y de los remotos espacios del Norte se fueron acercando hasta encontrarse frente al punto de incidencia de sus órbitas. La fuerza que los había conducido no podía colidir porque venía animada del mismo espíritu creador y ese choque devolvería al caos las constelaciones nacidas y las que estaban por aparecer. Hubo un momento de pasmo en el respirar de América, semejante a esa suspensión del aliento que se revela en un vago temblor en el estilo de Plutarco describiendo el instante decisivo de Salamina.

La Conferencia de Guayaquil definió desde ese momento los destinos del Continente. Pasaron años que aprovecharon las pasiones malsanas para colmar la oscuridad silenciosa que dejó la conferencia de los héroes, con las más absurdas fábulas y los más infundados asertos. Tiempo después apareció el documento auténtico, irrefutable, que contiene la síntesis de aquel coloquio de gigantes. Cobró San Martín la gloria de la renunciación magnánima, ejemplar y sublime a trueque de la realización definitiva y triunfal, que cupo al otro.

El mismo ideal que había sacado a aquellos dos conductores, de la suavidad de su existencia para vincularlos a tan vastas empresas, que los fortificó en sus luchas, neutralizó sus desalientos, iluminó sus triunfos; el ideal de libertad y de fraternidad humanas resolvía una vez más y para siempre el conflicto de la grandeza excluyente. Yo no alcanzo a ver cómo a la luz de este criterio no pudiese armonizarse y conjugarse la actividad de estos dos hombres.

La creación de estas patrias de América fué seguida de una lamentable obnubilación, de uno a modo de olvido invencible y desastroso de aquel noble y generoso espíritu ecuménico, en favor del bienestar continental, que fué la savia vivificante de las luchas emancipadoras. La ingratitud para con los fundadores, la envidia de los ruines, la rivalidad de los violentos sumieron en el desprestigio, cuando no en el sepulcro, a los mejores, y quedó sin apóstoles el espíritu creador de la solidaridad internacional americana. Las aventuras políticas, las disputas sobre fronteras, minaron después hondamente la fraternidad de todos estos pueblos, y ha habido momentos en que parecía inútil todo esfuerzo de reconciliación y todo anhelo por resucitar la fecunda labor de nuestros mayores en la República.

Afortunadamente las pasiones terribles de otros días van cediendo el paso a preocupaciones distintas que canalizan en otras direcciones los humanos anhelos. Asentada ya sobre bases muy sólidas la democracia, como la fórmula más justa de selección social, los acuerdos, no son imposibles. El histórico Congreso de Lima; el de Montevideo; la labor conjunta de Río de Janeiro en materias jurídicas; las normas internacionales de higiene; la política general sobre inmigración; la generalización del arbitraje; la apelación a la Justicia para la discrepancia entre Naciones; la multiplicidad de medios de comunicación que parece acercarnos a la conquista de la ubicuidad; el anhelo de renovación que bulle en la juventud actual de América, son otros tantos factores de acercamiento, de armonía y de fraternal convivencia. Nuestros padres efectuaron a costa de sacrificios sin tasa nuestra emancipación política; cúmplenos ahora resolver la segunda emancipación que más íntimamente toca con el bienestar de los pueblos: la emancipación económica. Dentro del encadenamiento de intereses y las vinculaciones por afinidad racial o posición geográfica o por tradición honorable o por voluntad electiva, es difícil abrir nuevos cauces a las corrientes económicas para desviarlas de sus direcciones necesarias. Tenemos también que someternos a la ley de eslabonamiento que nos liga al anillo inmediato, pero cuando esta unión se efectúa lealmente con un espíritu franco de cooperación y amistad, el ejemplo se propaga y llega un momento en que de uno a otro extremo de todo un continente, aparece continua la cadena, sólida, homogénea, indestructible.

Que los pueblos afines se ligen en la forma posible con sus intereses, sus tradiciones y sus perspectivas. Luego habrá de venir el acercamiento de esos grupos nucleares hasta integrar el gran bloque ibero-americano desde México hasta Patagonia.

Nada nos impide ir adelantando desde ahora el acuerdo entre todos sobre las bases ya sabidas que, apesar de algunos particularismos de no imposible eliminación, precipiten la unificación continental. Parece que ha sonado para todos los pueblos la hora de las síntesis; síntesis raciales, idiomáticas, económicas, de afinidad política o histórica o simplemente convencional y previsora. Procediendo así, estaremos a tono con el sentir del mundo. La incoordinación, el nacionalismo



astriigente e introspectivo, el olvido del ideal común, el sacrificio de la solidaridad del Continente en aras de intereses menores, minarán en las raíces de su propia vida la independencia de nuestros Estados, grandes al nacer, porque fueron los hijos del espíritu — para nosotros, de Bolívar, — para vosotros, de San Martín, — para las demás naciones de América, del de sus padres en la Patria, desde Hidalgo y Morelos hasta el andante Artigas.

No puedo concluir sin expresar al Instituto Sanmartiniano todo mi reconocimiento por el señaladísimo honor que me ha dispensado al designarme su primer miembro correspondiente en América. Mido y aprecio, en todo su valer, este inmerecido galardón que estimulará mi entusiasmo en favor de la obra de solidaridad continental en que con tanto ardor y bajo tan felices auspicios venís empeñándoos. Con alma de hijo de América siento la grandeza de vuestro pasado y de vuestro presente, y preveo la de vuestro futuro, grande entre las mayores.<sup>40</sup>

Colaborador ardiente en esta obra de comprensión y acercamiento ha sido, en mi país, el distinguidísimo representante de la Nación argentina, Excelentísimo Señor Colombres. Con el tacto y eficacia que le caracterizan, ha hecho por la inteligencia de los dos pueblos y por la comprensión de sus nobles ideales, lo que acaso no habrían conseguido otros hombres ni otros métodos. Con qué sincero afecto me ha allanado a mí también el camino hacia vosotros. Permitidme, pues, agregar su nombre a los vuestros, imitando a Marco Aurelio que no omitió a ninguno de sus benefactores en esas que yo llamo sus *letanías del reconocimiento*.

Huélgome imaginando la conjunción de esta Cruzada que adelantáis hacia el Norte, movidos por el espíritu de vuestro fundador, con la que venimos conduciendo bajo el patrocinio del nuestro.

Bolívar irguiéndose desde la sede que fijó para su Liga anfictiónica intercontinental, oprime emocionado, con la diestra, la heroica y noble mano que le tiende San Martín, mientras con la siniestra, trémula de respeto, estrecha en gesto perenne la del Libertador de México. Que se convierta presto en bronce y vida esta férvida elación del alma americana.



## ACTA

### DE LA RECEPCION DEL DOCTOR VALENCIA

**E**N la ciudad de Buenos Aires, a los 8 días del mes de Junio de 1934, reunidos en el salón de recepciones del Círculo Militar, los miembros del Instituto Sanmartiniano, — de Número y Adherentes — siendo aproximadamente las 19 horas se procedió a recibir en acto solemne, en su carácter de Presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia, al doctor Guillermo Valencia.

La ceremonia se inició con el discurso del doctor José P. Otero, Presidente del Instituto. Con viva elocuencia, el orador sintetizó el alcance y el significado trascendental que tenía esa ceremonia. Con tal motivo rindió además un merecido homenaje al valor intelectual y moral de la personalidad del doctor Valencia, y después de una síntesis relacionada con la tradición intelectual argentina, evocó el ciclo histórico en que se destacaron como figuras monteras del continente las figuras de San Martín y de Bolívar. Esta circunstancia le permitió señalar con vivo relieve la manera como uno y otro Libertador contribuyó, en la esfera de su acción y de su psicología, al desenlace del drama épico que fijó para siempre el destino de América.

El doctor Otero explicó luego las razones existentes para un acercamiento integral entre las instituciones bolivarianas y el Instituto que en el sector argentino, propugna por la glorificación de nuestro Libertador, y terminó su cometido significándole al doctor Valencia que el Instituto Sanmartiniano se hacía un honor en poner en sus manos el diploma acreditándolo como primer Miembro Correspondiente del mismo. Le hizo entrega de la colección de los folletos editados por el Instituto en su primer año de existencia y le presentó además en obsequio, un ejemplar de su obra: HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN, declarando que lo hacía en nombre del Instituto. Inmediatamente procedió a colocar en la solapa del saco del doctor Valencia el distintivo del Instituto.

Este acto fué recibido con vivos y calurosos aplausos, y en medio de éstos, el doctor Otero se dirigió al doctor Valencia invitándolo a ocupar la tribuna. El doctor Valencia se puso de pie y pronunció un hermoso y brillante discurso, transparentando desde sus primeras palabras un vivo estado de emoción. En su discurso, el ilustre huésped, explicó el sentimiento admirativo que provocaba en todos sus connacionales la figura del Libertador de Colombia y después de definir su grandeza, pasó a evocar la figura del Capitán de los Andes, ponderando los méritos que caracterizaban «al impasible, al intrépido, al silencioso y al magnánimo» Libertador argentino don José de San Martín. El orador abogó por la unificación continental bajo los auspicios de ambos Libertadores y terminó agradeciendo al Instituto Sanmartiniano la honrosa y significativa demostración de que era objeto. Las palabras del doctor Valencia fueron recibidas con vivos aplausos.

El salón donde se llevó a cabo esta recepción, estaba sobriamente engalanado. Un cuadro de San Martín llenaba su lestero principal, y el de Bolívar se destacaba sobre un caballete orlado con los colores de la bandera de Colombia y de la Argentina. La bandera de ambos países se abría en trofeo en torno del cuadro de San Martín.

Un numeroso público — público caracterizado — de uno como de otro sexo llenaba el recinto. Lo componían invitados especiales, representantes de la prensa, de diversas instituciones patrióticas y culturales y en primer término los siguientes miembros del cuerpo diplomático presididos por el doctor Roberto Urdaneta Arbeláez, Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia; Excmo. señor Baldomero Sanín Cano, Ministro plenipotenciario de Colombia; Excmo. señor doctor Pedro César Domínguez, Ministro plenipotenciario de Venezuela; Excmo. señor doctor Casto Rojas, Ministro plenipotenciario de Bolivia; Excmo. señor Max Enrique Urzúa, Ministro plenipoten-



ciario de la República Dominicana; Excmo. señor Manuel F. Rodríguez, Encargado de Negocios de la República de Honduras y Excmo. señor Eduardo L. Colombres, Ministro plenipotenciario de la República Argentina, ante los Gobiernos de Colombia y de Venezuela.

Para memoria de lo cual labramos la presente acta y la suscribimos en el día y fecha arriba indicados.

Doctor JOSE P. OTERO, Presidente del Instituto Sanmarliniano. - Doctor GUI-LLERMO VALENCIA, Presidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia. - Doctor ROBERTO URDANETA ARBELAEZ, Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia. - BALDOMERO SANIN CAÑO, Ministro Plenipotenciario de Colombia. - PEDRO CESAR DOMINICI, Ministro Plenipotenciario de Venezuela. - MAX ENRIQUE UREÑA, Ministro de la República Dominicana. - Doctor CASTO ROJAS, Ministro de la República de Bolivia. - EDUARDO L. COLOMBRES, Ministro de la República Argentina ante los gobiernos de Colombia y Venezuela. - MANUEL F. RODRIGUEZ, Encargado de Negocios de la República de Honduras. - JUAN ESTEBAN VACAREZZA, General de División y Vicepresidente 1º del Instituto. - JULIAN IRIZAR, Vice-Almirante y Vicepresidente 2º del Instituto. - FRANCISCO GUIDO LAVALLE, Director del Colegio Militar y Miembro de Número. - RICARDO C. ALDAO, Miembro de Número del Instituto. - Doctor PEDRO MOHORADE, Miembro de Número y Vocal de la Comisión Directiva. - JORGE MAX ROHDE, Miembro de Número y Vocal de la Comisión Directiva. - Doctor CARLOS OBLIGADO, Miembro de Número y Vocal de la Comisión Directiva. - Señor JOSE EUGENIO COMPIANI, Miembro de Número y Tesorero del Instituto. - PEDRO ETCHEPARE, Teniente de Navío, Miembro de Número y Secretario del Instituto. - LEOPOLDO LUGONES, Miembro de Número del Instituto. - JOSE J. BERRUTI, Miembro de Número y Vocal de la Comisión Directiva. - RICARDO O. STAUB, Miembro de Número y Vocal de la Comisión Directiva. - HECTOR R. RATTO, Miembro de Número y Vocal de la Comisión Directiva. - FEDERICO SANTA COLOMA BRANDZEN, Miembro de Número y Director del Museo Histórico Nacional. - ENRIQUE DE GANDIA, Miembro de Número y Vocal de la Comisión Directiva. - ISMAEL BUCICH ESCOBAR, Miembro de Número y Bibliotecario del Instituto. - LEOPOLDO R. ORNSTEIN MAYOR. - ARMANDO R. FISCHER, Ingeniero Maquinista de la Armada Nacional. - TEODORO CAILLER BOIS, Capitán de Fragata y Miembro de Número del Instituto. - RAFAEL BLANCO, Almirante de la Armada Argentina. - Doctor DAVID M. ARIAS, Ministro de Agricultura. - Doctor JUAN M. GUGLIAlMELLI, Intendente del Partido de San Martín y Miembro Adherente del Instituto. - Doctor LEOPOLDO SANCHEZ MORENO, Miembro Adherente del Instituto. - EDUARDO GONZALEZ BONORINO, Miembro Adherente del Instituto. - Doctor SIMON DE IRIGOYEN IRIONDO, Miembro Adherente del Instituto. - FRANCISCO F. PEREYRA, Miembro Adherente del Instituto. - JOSE M. PEIXOTO, Miembro Adherente. - OVIDIO DECOUD, Miembro Adherente. - HERNANDO W. FIGUERERO, Miembro Adherente. - ERNESTO VRALDRICH. - F. E. LOPEZ HERRERA. - Doctor MIGUEL G. MENDEZ, Miembro Adherente. - Doctor EZEQUIEL LEGUINA, Miembro Adherente. - Doctor EDUARDO A. RAMOS, Miembro Adherente. - MARIANO L. SARACHO, Capitán de Fragata, Miembro Adherente.

o



# EL INSTITUTO SANMARTINIANO Y EL MONUMENTO A BOLIVAR EN BUENOS AIRES

NOTA DIRIGIDA POR LA PRESIDENCIA DEL INSTITUTO A LA HONORABLE CAMARA DE DIPUTADOS DE LA NACION.

Buenos Aires, Julio 18 de 1934.

Al Doctor MANUEL A. FRESCO

Presidente de la H. Cámara de Diputados.

Señor Presidente:

La Comisión Directiva del Instituto Sanmartiniano que me cabe el honor de presidir, ha recibido con grata simpatía la noticia del proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo de la Nación a esa H. Cámara, a fin de tributar un justo y merecido homenaje a Simón Bolívar, Libertador de Colombia.

El proyecto en sí y los considerandos que le preceden, suscriptos por el Excmo. Señor Presidente de la República general Agustín P. Justo y por el Ministro del Interior, doctor Leopoldo Melo, testimonian elocuentemente el triunfo de esa justicia solidaria que une a las naciones del continente creadas por el esfuerzo moral y épico de inclitos libertadores entre los cuales sobresalen, como astros de primera magnitud, don José de San Martín y don Simón Bolívar, conmitilones fervorosos de una misma causa.

El Instituto ha recibido con viva congratulación esta iniciativa por otro motivo, y es porque sabe que con la erección de este monumento, se responde dignamente al acto de glorificación estatuaría con que la República de Venezuela, a iniciativa de su digno presidente, el general Juan Vicente Gómez, inauguró en la ciudad de Caracas el 20 de Diciembre de 1930 y a los seis años de haberse colocado su piedra fundamental, el hermoso monumento erigido en honor de nuestro Libertador y que en el día de hoy contemplan todos los venezolanos en un punto céntrico y destacado de su capital.

Pero es el caso que el gobierno de la referida república no se contentó con la erección de este bronce, obra del artista florentino Rafael Romanelli. Al colocarlo sobre un pedestal de granito gris, de elevadas proporciones y ornado con altos relieves evocadores de la epopeya sanmartiniana, el gobierno de Caracas ha designado con el nombre de San Martín a una de sus más hermosas avenidas.

La avenida que lleva el nombre de nuestro héroe epónimo tiene como punto de partida la vecindad de este monumento y se entronca luego con la única carretera que sirve de entrada a la ciudad de Caracas y por la cual se efectúa el tránsito que conduce a Maracay, residencia del Presidente de la República y por la cual igualmente se efectúa la comunicación turística entre Venezuela, Colombia y Quito.

Tal circunstancia permite que el Instituto Sanmartiniano acuerde su voto de aplauso al Poder Ejecutivo de la Nación en el caso que nos ocupa, aplauso tanto más significativo y oportuno, cuanto que en estos momentos el Instituto gestiona y con resultado halagador, ante los gobiernos de Chile, de Perú y de Quito, la denominación de «Camino del Libertador San Martín» en homenaje al Libertador austral, al camino que después de cruzar la Cordillera de los Andes nos pone en comunicación rectilínea y turística con la ciudad de Guayaquil, punto geográfico del continente en el cual, merced a una entrevista histórica, inmortalizaron su nombre y definieron su psicología respectiva, ambos Libertadores.

En vista pues, de estos antecedentes, e interpretando la ideología que en el terreno de la historia sirve de pauta a nuestro Instituto, en nombre de éste y en nombre de la Comisión Directiva que presido, me honro en subscribir la presente nota en la seguridad de que esa H. Cámara y a su vez la H. Cámara de Senadores, despachará favorablemente el proyecto de ley que ha sometido a su dictamen el Poder Ejecutivo de la Nación.

Saluda al señor Presidente con su más alta consideración y respeto y se suscribe su atento y S. S.

PEDRO ETCHEPARE  
Secretario

JOSE P. OTERO  
Presidente



H O M E N A J E

— AL DOCTOR —

JOSE MARIA VELASCO, IBARRA

PRESIDENTE ELECTO DEL ECUADOR



El 26 de Julio del corriente año el doctor José María Velasco Ibarra, Presidente electo de la República del Ecuador, fué objeto de un homenaje por parte del Instituto Sanmartiniano. El acto se realizó en uno de los salones del Plaza Hotel en la tarde de ese día, teniendo la representación del Instituto el doctor José P. Otero, Presidente, el General de División Juan Esteban Vacarezza, Vicepresidente primero, el Teniente de Navío Pedro Etchepare, Secretario y el doctor Pedro Mohorade, Vocal.

Al recibir esta delegación, el doctor Velasco Ibarra expresó su júbilo por encontrarse en presencia de los cultores de la memoria de San Martín y lamentó que la premura del tiempo no le permitiese tratar con extensión motivos tan interesantes como los que en ese momento determinaban esa entrevista. Sin embargo, evocó la figura de nuestro Libertador y dijo que su admiración por la obra realizada en pro de la independencia de América había crecido después de conocer, mediante su travesía aérea de la Cordillera el teatro de sus grandes proezas. Agregó que una cosa era tener una hermosa concepción y otra el ejecutarla, significando con ésto que si San Martín se reveló grande por el pensamiento estratégico y militar de su marcha sobre Lima, acusó una mayor grandeza con su ejecución.

Expresó sus votos por la confraternidad americana, fraternidad simbolizada en Guayaquil y agradeció la demostración de que lo hacía objeto el Instituto, esperando un resultado altamente benéfico de la estrecha unión entre bolivarianos y sanmartinianos.

El doctor Velasco Ibarra tuvo palabras adecuadas para ponderar la labor del doctor Otero en pro de la historiografía americana.

El presidente del Instituto agradeció en breves palabras los honrosos conceptos vertidos por el doctor Velasco Ibarra, gratos al sentimiento argentino y a su vez extendió su congratulación al general Juan Esteban Vacarezza.

El doctor Otero procedió luego a poner en manos del presidente electo del Ecuador el diploma de Miembro Honorario del Instituto y al mismo tiempo un sobre conteniendo la nota en que se explica la razón, el significado y el alcance del homenaje. Le hizo entrega de un ejemplar de su obra HISTORIA DEL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN y una colección de los folletos editados por el Instituto en su primer año de existencia. Por último y al terminar el acto, el mismo doctor Otero colocó en la solapa del saco del doctor Ibarra la insignia del Instituto, lo que motivó la aprobación de todos los presentes.

Presenciaron esta ceremonia, entre otras, las personas siguientes:

Doctor José Vicente Trujillo, presidente de la Cámara del Senado y Rector de la Universidad de Guayaquil. - Doctor Pablo A. Vela, Senador de la República. - Doctor Alejandro Ponce Luque, Secretario del doctor Velasco Ibarra. - Capitán Carlos Mancheno. - Capitán Leonardo Chiriboga, edecanes de S. E. - Marco F. Ricaurte, Cónsul General del Ecuador. - General Francisco Pasola Castaño. - Contralmirante León Scasso. - Albino Pughalin, ex-Ministro Argentino en el Ecuador. - Doctor Enrique Loudel. - Ignacio Cornejo. - Augusto Morla. - Ernesto Alvear. - José Miguel Jépez. - Juan José Narváez. - Augusto Viteri. - N. Herrera. - Juan Reed. - Abdulío A. Mendoza. - Alfonso Narváez y las señoras María E. de Ricaurte. - Carmela B. de Ricaurte. - Ruth R. de Talero. - Josefa Illescas de Pomalice. - Clara y Carmela Narváez. - Virginia Montalvo de Müller. - Señora de Mendoza. - Señoritas de Pomalice y de Müller y otros.



NOTA ENTREGADA POR EL DOCTOR JOSE  
P. OTERO, PRESIDENTE DEL INSTITUTO,  
AL PRESIDENTE ELECTO DEL ECUADOR

Buenos Aires, Julio 24 de 1934.

Al Doctor JOSE MARIA VELASCO IBARRA

Presidente Electo de la República del Ecuador

Excmo. Señor:

El 5 de abril de 1933, quedó fundado en esta Capital el Instituto Sanmartiniano cuyas finalidades se concretan especialmente en la rememoración docente de la persona y de la obra realizada por don José de San Martín, héroe a quien la República Argentina y una gran parte de América deben su independencia.

Impuesta la Comisión Directiva — Comisión que me cabe el honor de presidir — del arribo de V. E. a esta Capital, en su sesión del 20 del corriente, por unanimidad, resolvió designar a V. E. Miembro Honorario del Instituto y poner en sus manos, mediante una delegación presidida por el que suscribe, el diploma que así lo acredita junto con una nota y el distintivo del Instituto.

Esta designación tiene por objeto, Excmo. Señor, tributar un merecido homenaje al presidente electo de un Estado Americano cuya política de gobierno se define ya en sus actos preliminares como una política de pacificación y de concordia continental, pero al mismo tiempo evidenciar ante la opinión que la doctrina histórica perseguida por los sanmartinianos es el trasunto fidelísimo de aquel proceder solidario y verdaderamente fraternal que vinculó a todos los pueblos de América en el despertar de su independencia.

Los argentinos no podemos olvidar la parte fundamental que le cupo a don José de San Martín en la suerte de la República del Ecuador. Sabemos todos que en 1820 y estando el vencedor de los Andes en las aguas del puerto de Ancón al frente de la expedición libertadora del Pacífico, recibió allí a aquella embajada enviada a su encuentro por los patriotas guayaquileños para comunicarle su pronunciamiento emancipador. Don José de San Martín no sólo acordó su franca acogida a estos emisarios, portadores a su vez del mensaje escrito por la pluma de don José Joaquín de Olmedo, futuro cantor de Junín, sino que al mismo tiempo resolvió enviar a la provincia insurreccionada a dos emisarios, recayendo esta designación en don Tomás Guido y en el Coronel don Toribio Luzuriaga, a fin de secundar a los patriotas guayaquileños en su campaña política y militar.

Más tarde y producida la guerra de Quito, el Libertador y Protector del Perú, despachó en auxilio del ejército de Colombia a una brillante división integrada con soldados argentinos, chilenos y peruanos que supieron dar días de gloria a la América en los campos de Río Bamba, de Bomboná y de Pichincha. A raíz de tamañas victorias despertóse en su ánimo el deseo generoso de encontrarse con Simón Bolívar, el Libertador del Norte y se preparó para dirigirse a Quito, en la convicción de que sería allí donde se produciría el encuentro. Circunstancias ajenas a su voluntad le impidieron llegar hasta la futura capital del Ecuador y se detuvo



en Guayaquil en donde el vencedor de Boyacá y Carabobo había establecido su cuartel y en donde le dispensó una calurosa recepción.

La historia no puede olvidar que en Guayaquil, el vencedor de Pizarro, consumó el más grande de sus sacrificios y que, posponiendo a los intereses de América los intereses anexos a su persona y aun a su propio derecho, le abrió a Bolívar las puertas del Perú brindándole así la ocasión de cerrar con su espada la guerra que él había iniciado y dirigido brillantemente con la suya, en el antiguo Imperio de los Incas.

La rememoración de tales antecedentes, explica el proceder del Instituto en el caso presente. Todos los que lo integramos sabemos que el futuro mandatario de la República del Ecuador no es ajeno a este pasado luminoso en el cual se apoya la gloria de América y que no es ajeno tampoco al alto sentido de justicia anexo a él y que de él se desprende.

Al poner pues en sus manos el Diploma de Miembro Honorario de Nuestro Instituto, la Presidencia del mismo no hace otra cosa que interpretar fielmente los postulados históricos que le sirven de base. Sabe por anticipado que encontrará en la persona de V. E. no sólo a un sincero reconocedor de estos ideales, sino a un activo y fervoroso ejecutor de los mismos.

Antes de cerrar estas líneas, me honro en hacerle entrega igualmente, en nombre del Instituto y en el mío propio, de la obra que me cupo la honda satisfacción de escribir para rememorar en concepto documental y panorámico la vida de nuestro glorioso Libertador. No me cabe duda que la lectura de estas páginas, contribuirá a afianzar más y más los vínculos existentes entre la idealidad ecuatoriana y la argentina, tan unidas por los imperativos de la historia.

Sin más, y con los mejores votos por la salud personal de V. E. y por el éxito de sus gestiones presidenciales futuras en la joven y brillante república del Ecuador, lo saluda con su consideración más distinguida y se suscribe su muy atento y S.S.

JOSE P. OTERO  
Presidente

PEDRO ETCHEPARE  
Secretario